



¡12 de Agosto!

COSITAS SUELTAS

Per Carlos Robreño

Acaso sería poco piadoso recordar la fecha con objeto de ahondar en viejas heridas, quizás no todas restañadas completamente, pero tampoco se puede hacer caso omiso del hecho histórico aunque sólo sea a fin de lograr de aquellos acontecimientos, saludables experiencias.

Por razones cronológicas fáciles de suponer, nosotros no disfrutamos de aquel envidiable privilegio que alcanzó la pasada generación al sentir la honda emoción de ver flotar por vez primera en el mástil del Morro la enseña de la estrella solitaria, tras la gesta heroica de los bravos mambises, pero, años después, si experimentamos una inenarrable sensación, aquella tarde gris de noviembre de 1918, cuando las campanas echadas a vuelo, los cohetes y voladores explotando en el espacio, las rotativas de los distintos diarios trepidando para lanzar a la voracidad pública el manjar apetitoso de las ediciones suplementarias y los ciudadanos abrazándose jubilosos, sin conocerse en plena vía pública, anunciaban estentóreamente que en un rincón del bosque de Compiègne, en el interior de un viejo vagón se estaba firmando un armisticio que no significaba una tregua intrascendente, como prolegómenos de una victoria bélica de un grupo de hombres sobre otros, sino que la Libertad y la Democracia habían ganado su última y definitiva batalla.

X X X

Así también sentimos en nuestro espíritu una profunda emoción, cuando el 12 de agosto de 1933, a las doce del día, escuchando los lejanos cañonazos disparados desde La Cabaña y llegando a nuestros oídos, mediante la difusión de radios, pianoles, pianos y voces humanas, las notas marciales del Himno de Bayamo, creíamos asistir no al fin de un régimen oprobioso, que en definitiva podríamos perdonar en el decurso de los años, sino al alborar de una nueva era de felicidad y libertades para nuestra patria.

Tanto en los días lejanos de la adolescencia, como en los posteriores de la juventud, en presencia de aquellos sucesos, sufrimos una grave

equivocación. La Humanidad, pese a aquellos quince puntos luminosos expuestos por el profesor de Princeton, Woodrock Wilson, en los regios salones de Versalles, sufrió los horrores de una nueva guerra de universales proporciones y quizás alentada por motivos aún más interesados que aquella que se inició con el asesinato del archiduque Francisco Fernando y parece trasponer los umbrales de una tercera conflagración, sin duda más pavorosa que las anteriores.

Y Cuba por su parte, da la impresión de no haber encontrado todavía el derrotero que habrá de conducirla por caminos de paz, pues sumida en las sombras presentes, se pregunta qué horas dolorosas le reserva el futuro.

X X X

Machado que en sus primeros años de gobernante construyó una carretera central para hacer más llevadera la miserable existencia de los guajiros; que llevó a cabo obras públicas que fueron orgullo de la ciudadanía; que abrió cauces a la producción nacional en beneficio de los industriales y comerciantes; que quiso congraciarse con los obreros; que le ofreció a profesores y estudiantes una amplia escalinata, amén de otros grandes edificios en su bicentenario Universidad; que halagaba a los militares, a quienes consideraba de una fidelidad rayana en la sumisión, olvidó, empero, el detalle más necesario a la existencia humana.

Y tratando de imponerse por la fuerza, cercenando libertades y empecinándose en la fatalidad de una fecha —¡Ni un minuto más, ni un minuto menos!— sin hacer concesiones de ningún género en dicho aspecto, a la hora de su caída no pudo contar ni con el apoyo de los guajiros, ni de la ciudadanía, ni de profesores y estudiantes, ni de industriales, ni comerciantes, ni aun de "su propio ejército", como él le llamaba. Y un día como hoy, hace 23 años, tuvo que huir de estas playas, sin que sus restos, siquiera, puedan descansar tranquilamente en la tierra que lo vio nacer.

¡12 de Agosto de 1933! Cerca de cinco lustros han transcurrido y sin embargo, parece que fue ayer.